

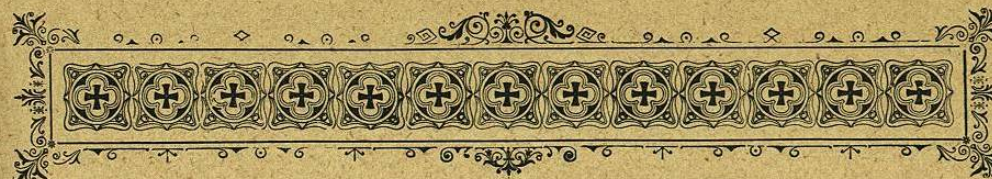
PERSONAJES

ACTORES

Sancho García, Conde de Castilla..	SR. LATORRE.
La Condesa viuda, su madre....	SRA. LAMADRID (B.).
Missem-Alamar.....	SR. LUMBRERAS.
Estrella.....	SRA. VALERO.
Sancho Montero.....	SR. ALVERÀ.
Simuel Benjamín.....	SR. LÓPEZ.
Elías.....	SR. PIZARROSO.
Un Caballero.....	N. N.

Caballeros, pajes y villanos.

La escena es en Burgos por los años primeros del siglo XI.



SANCHO GARCÍA

ACTO PRIMERO

Parque del palacio ó castillo de los Condes de Castilla en Burgos, cuyo edificio ocupa la derecha del escenario y parte del fondo, formando un ángulo entrante. En la parte del edificio que ocupa la derecha, una puerta que da á las habitaciones del Conde. En la del fondo otra que da á las de la Condesa. El edificio tiene algunas ventanas abiertas en ambas fachadas. En medio del escenario, un cenador ó kiosco, donde pueda ocultarse una persona. Desde el ángulo en que concluye la parte del palacio que ocupa el fondo, se extiende un muro con un postigo que da al campo. Árboles y es de noche.

ESCENA PRIMERA

LA CONDESA y ESTRELLA

ESTRELLA

Señora, retirémonos; la noche es cada vez más lóbrega y oscura y os daña la humedad.

LA CONDESA

Estrella mía, tanto este sitio mi dolor endulza, que siempre me apesará y me contrista abandonar su soledad inculta; porque siempre que dichas imagino, tan sólo aquí mi corazón las busca. ¿Ves los millares de hojas que en los árboles al paso de los céfiros susurran? [boles Pues un recuerdo delicioso, Estrella, germina en mi memoria cada una. Si de aura mansa al perfumado sople en apagado son, lentas murmuran adormecen mis penas, y me tornan en gozo melancólico mi angustia. Si ráfaga veloz, con roncadas alas

cruza sus ramas y en sus ramas zumba, responden á su son dentro mi pecho secretos mil, que mi conciencia anublan. ¡Oh! Y tengo tantos, cual menudas hojas esta enramada soledad fecunda, tan expuestos al viento como ellas, y como ellas también tranquilos nunca.

ESTRELLA

Si humilde lealtad puede esas penas calmar, en mí depositad algunas, señora, y si al consuelo se resisten, al menos de hoy las lloraremos juntas.

LA CONDESA

¡Llorar! Consuelo de serviles almas á quien su suerte miserable abrumba; mas ponzoña de nobles corazones que fieramente con su suerte luchan.

ESTRELLA

¿Tanto os acosa vuestro mal, señora? ¿No va don Sancho la morisca chusma doquier venciendo, y la vertida sangre lava de vuestro esposo con la suya?

LA CONDESA

Que no suene ese nombre en mis oídos.

ESTRELLA

Perdonad, ya lo sé; sé que á una viuda que llora un noble esposo, por quien casta á la mundana vanidad renuncia, por quien la hermosa faz y esbelto talle en toscos paños codiciosa enluta, no deben con inútiles recuerdos del esposo, aumentar su pena justa. Mas cuando queda un hijo, que apilando cabezas de enemigos en su tumba, las glorias de su padre.....

LA CONDESA

Calla, Estrella, que tu ignorante lealtad te ofusca. ¿No ves que ese hijo tan bizarro y fiero, al derribar las berberiscas lunas, el cetro de Castilla de las manos de su madre arrebatada, se le usurpa?

ESTRELLA

¡Señora!

LA CONDESA

¿Y que aunque venza mil batallas, al cabo vendrá á ser vencido en una? ¿No ves que sólo en pelear pensando, de sus pueblos el bien deseuida en suma, la paz, que es sólo su fortuna cierta? Y si sus campos él de sangre inunda, ¿qué pan, Estrella, comerán mañana los que sus campos á talar le ayudan? Paz el moro le ofrece; ¿por qué ahora él la desecha con fiereza estúpida?

ESTRELLA

¿La aceptaríais vos?

LA CONDESA

(Con prontitud.)

Y de eso trato.

ESTRELLA

¿Y son tal vez por eso esas nocturnas visitas que admitís de ese africano?

LA CONDESA

Ese secreto para siempre oculta dentro del corazón, Estrella, ó teme que te abra ante los pies la sepultura.

ESTRELLA

Perdonadme, señora; mas hoy que oigo de vuestros labios la verdad desnuda, de mi fiel corazón hoy permitidme que los ruines temores os descubra.

LA CONDESA

(¡Qué es lo que va á decir!) Di.

ESTRELLA

Creí un tiempo que un amor encerraba esta aventura.....

LA CONDESA

¡Necia!

ESTRELLA

Mi inexperiencia me disculpe; mas hoy que cesa tan villana duda y hallo la causa del secreto trato, gozo leal el corazón me inunda.

LA CONDESA

¡Ea, ya basta! ¿De García Hernández la viuda altiva, por la llama inmunda se abrasara de un moro? Tal vileza cabe no más en la simpleza tuya. Mas oye: todo en el silencio quede, y eterna sombra mi secreto cubra; y aquí quiero advertirte, Estrella incauta, que los hondos proyectos que se anudan dentro de los palacios en secreto, son ¡vive Dios! mortífera cicuta para aquellos que, necios ó traidores, dentro del corazón no los sepultan. Conque si has de vivir hoy más, Estrella, éste guarda en el tuyo, y no descubras, ni aun á tu mismo confesor, que es tu ama á quien el moro por la noche busca.

(Ruido á lo lejos.)

¿Qué ruido es ese?

ESTRELLA

Que se acerca el Conde,

y el pueblo al retirarse le saluda. Todo Burgos le adora.

LA CONDESA

Sí, ahora vence; mas ¡ay del Conde si los moros triunfan!

UNA VOZ

(Dentro.)

¡Viva el conde don Sancho!

EL PUEBLO

(Dentro.)

¡Viva!

VOZ

(Dentro.)

el vencedor del moro!

¡Viva!

EL PUEBLO

(Dentro.)

¡Viva!

VOZ

(Dentro.)

nuestro ángel tutelar!

¡Viva!

EL PUEBLO

(Dentro.)

¡Viva!

ESCENA II

EL CONDE Y VARIOS CABALLEROS

(Entra el Conde por la puerta del parque que figura dar al campo, precedido de dos pajes con hachones, y seguido de Sancho Montero y varios caballeros y villanos que le aplauden.)

EL CONDE

(Á los villanos.)

Apartaos; basta de aplausos ya, bravos pecheros; gracias, y retiraos. Y vosotros, mis fieles caballeros, idos también con ellos, y aprestaos á descansar, que acaso en breves horas

os llamarán las trompas y atabales para salir contra las huestes moras.

UN CABALLERO

Todos, señor, saldremos y con vos venceremos, ó moriremos junto á vos leales.

EL CONDE

Gracias; así lo espero; idos ahora, que en vos segura mi esperanza estriba.

UNO

¡Viva el conde don Sancho!

OTROS

¡Viva!

TODOS

(Saliendo de la escena.)

¡Viva!

ESCENA III

EL CONDE, al volverse cuando los suyos se alejan, ve á LA CONDESA

EL CONDE

Dios vele sobre vos, madre y señora.

LA CONDESA

Contigo venga, victorioso Conde.

EL CONDE

¿Tan tarde y en el parque todavía?

LA CONDESA

Aun no lo es tanto.

EL CONDE

(Aparte.)

¿Que misterio esconde su inquietud y su gran melancolía?

(Á Sancho.)

Sancho, lejos mis órdenes espera.

(Á Estrella.)

Y aparta tú también, que á solas quiero con mi madre quedar.

LA CONDESA

(Con desdén.)

La vez primera

en muchos días es.

(Vanse Montero y Estrella: él por la puerta de la derecha, que se supone dar á las habitaciones del Conde; ella por la del fondo, que da á las de la Condesa.)

ESCENA IV

LA CONDESA Y EL CONDE

EL CONDE

¿Puede un guerrero disponer de los suyos á su antojo? ¿Puédolos yo emplear en la ternura, cuando del moro el temerario arrojo provoca mi arrogancia y mi bravura? Madre, ya lo sabéis; la tierra tinta aun con la sangre de mi padre humea.

LA CONDESA

Tal verdad en tu rostro el duelo pinta; mas ¿quién causó la desigual pelea?

EL CONDE

¡No, madre, no me hagáis tamaña injuria! Si errores juveniles me arrastraron de mi buen padre á provocar la furia, con mi llanto y mi sangre se lavaron. Fuí rebelde un momento, ¡ah! lo confieso con dolor; mas también desde aquel punto fué mi vida ejemplar; y fué por eso al honor de mi padre mi honor junto. Mi pueblo olvidó ya las inquietudes que un tiempo le causé; yo le di gloria, y hoy aplaude su prez y sus virtudes, porque vive en su hijo su memoria. Todo es hoy para mí dicha, esperanza, y todos hoy mis triunfos victorean. ¡Sólo á mi madre mi placer no alcanza, y mi gloria sus lágrimas afean! Decidme: ¿qué anheláis? ¿Qué hay en la

[vida que el enarcado ceño os desarrugue? ¿Qué hay en la tierra, qué hay, madre [querida, que vuestro llanto interminable enjague?

LA CONDESA

La paz.

EL CONDE

¿La paz? Pues bien, por ella lidio por esa paz consoladora y bella, que para vos, para mi pueblo envidio.

LA CONDESA

Pues bien: el moro te brindó con ella.

EL CONDE

¡Con una paz vendida á peso de oro! ¡Con vergonzosa paz, ruin y traidora! ¡Con esa paz que me propone el moro, porque él, no yo, la necesita ahora! No, madre, no; yo venzo; cada día ensancho más y más nuestras fronteras; su tierra tiembla en la presencia mía, y huye espantada su canalla impía á la sombra no más de mis banderas. Por eso, paz y tregua me proponen; temen que mi valor los acorrале, y en la paz se aperciben y disponen á que otra vez la suerte nos iguale. No, madre; no haya paz, no haya cuar aquí ni allí; cuando vencidos sean, [teles cuando haga yo con sus tostadas pieles, con sus lenguas que injurian y bravean, los frenos adobar á mis corceles, esa paz les daremos que desean. ¡En tanto, madre, seamos los mejores: ó todo ó nada, ó siervos ó señores!

LA CONDESA

Siervos, nada tal vez: ¿ellos acaso no tienen armas, gente, capitanes? Si el terrible Almanzor te gana un paso, ¿qué valdrán tu valor y tus afanes? *Todo ó nada*, á su vez te dirán ellos; *todo ó nada*, y metiendo sus caballos por medio de tus míseros vasallos, sus cimitarras segarán sus cuellos.

EL CONDE

Mi padre fué por vos á tierra extraña, y es natural que, ajena aquí en Castilla,

(Con frialdad.)

sintáis temor por nuestra noble España; mas no la conocéis: no es maravilla.

LA CONDESA

Pero conozco el mundo y la fortuna, que lo trastorna todo, y será un día en que triunfe tal vez la media luna.

EL CONDE

¡Tened, por Dios, la lengua, madre mía, si ha de ser de enemigos abogada! [ros? ¿Qué esperáis de esa paz? ¿Qué de los moros? Os seducen, tal vez, de su embajada los soberbios presentes y tesoros? Esperad unos días, y tras ellos veréis cuál para vos mi gente alcanza presentes de más prez, mucho más bellos, ganados á los botes de su lanza. Esas serán de vos dignas preseas, no las de que ellos alabarse pueden de que á fuer de limosnas nos las ceden, por ser de su tesoro las más feas. ¡En la viuda de un Conde de Castilla, tan mezquina ambición, siempre es man-

[cilla!

LA CONDESA

Deber es de una noble castellana, del sumiso enemigo oír el ruego. Perdonar es virtud muy soberana; más grande el vencedor se ostenta luego.

EL CONDE

Madre, no sé qué arcano misterioso esa tenaz intercesión encierra; no comprendo ese empeño vergonzoso de interrumpir las glorias de esta guerra. No lo comprendo, madre mía; y juro que la paz del espíritu me quita el ver que cada triunfo que aseguro os entristece más, más os irrita. Mas os juro también que es ruego vano; sí, mientras reine yo, para esos perros labrará sólo el pueblo castellano lanzas agudas y pesados hierros.

LA CONDESA

¿Mientras que reines tú? ¡Mancebo loco! Y ¿á qué llamas reinar? ¡A andar talando tus propias tierras; á tener en poco los ruegos de tu madre, que llorando los días y las noches tus deslices pasa, viendo sus pueblos infelices!

EL CONDE

Madre, bien veo que el frecuente trato que os permito con moros y extranjeros, el corazón os mina; sin recato andan por Burgos ya con hartos fueros, de mal hijo tachándome y de ingrato, deslumbrando á mis fieles caballeros; y ¡por Dios! que de tanta villanía la culpa tiene la indulgencia mía.

LA CONDESA

Eso es; ensalza, ensalza tu indulgencia, tu generosidad, cuando me tienes en triste y vergonzosa dependencia, cual cautiva tomada por rehenes.

EL CONDE

¡Señora!

LA CONDESA

Sí, cerrada en tu palacio.

EL CONDE

¿No recibís en él, y en mengua mía, con toda libertad, con todo espacio, cuantos queréis de su caterva impía?

LA CONDESA

A cualquier desterrado se permiten amigos de aflicción.

EL CONDE

¿Quién son los vuestros, madre? ¿Quién son los que ante vos se ad-

[miten?

LA CONDESA

De ciencias y artes, hábiles maestros.

EL CONDE

Y acaso en ellas demasiado diestros.

LA CONDESA

Los que mi pobre espíritu iluminan, los que endulzan un poco mis pesares.

EL CONDE

Sí, y los que vuestro espíritu alucinan

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

y os llevan del error á los altares,
los que os dan ambición, los que os do-
[minan.

LA CONDESA

Sí, porque saben más que el vulgo necio,
porque ahonda los misterios más sombríos
su alta ciencia.

EL CONDE

(Con desdén.)

¡Derviches y judíos!
Callad, madre, callad; yo los desprecio.

LA CONDESA

Y yo no; los atiendo, los escucho,
y aprendo de ellos.

EL CONDE

¡Y con frutos grandes!
Mas de Burgos saldrán antes de mucho.

LA CONDESA

No bastará tal vez que tú lo mandes.

EL CONDE

¡Madre!

LA CONDESA

Basta; será lo que te digo.
Ya me hartó de sufrir tu dependencia;
tu madre soy, y reinaré contigo.

EL CONDE

Reinad si lo queréis, reinad si os place:
de todo disponéis; en nada coto
os he puesto jamás; todo se hace
cual queréis en mi casa; vuestro voto
para todos es ley, madre y señora.
Vuestro es mi reino, gobernad mi tierra;
cual lo habéis hecho siempre, hacedlo
[ahora;
mas hombre soy, dejadme á mi la guerra.
Yo tierra os ganaré, prez y tesoros;
vos derrochadlos; mas en tiempo alguno
me roguéis por judíos ni por moros,
porque jamás amar podré á ninguno.

LA CONDESA

¿Conque ese embajador....

EL CONDE

Se irá mañana.

LA CONDESA

¿Y se irá sin respuesta?

EL CONDE

Sin ninguna.

LA CONDESA

Pues yo, Conde, también soy soberana,
y voy á darle por mi parte alguna.
Quiero á lo menos ser más cortesana
con quien á mí somete la fortuna.

EL CONDE

¿Los vais á recibir?

LA CONDESA

Sí, ya lo he dicho.

EL CONDE

Madre, Dios os perdone tal capricho.

ESCENA V

EL CONDE

¡Oh, me traspasa el corazón desvío
tan injusto y tenaz! ¿Cuándo con ella
fui rebelde ni ingrato? El reino mío,
mi decoro, mis leyes atropella.
¿Y se queja de mí? ¡Destino impío,
de tu mano implacable la honda huella
conozco en su altivez! Mi madre ahora
es de mi antiguo error la vengadora.
Tal vez para mi padre fui mal hijo,
y es mala madre para mí: ya veo
tu justicia, ¡gran Dios! y más me aflijo
cuanto más recta tu justicia creo.
¡Ay, yo me empeño con afán prolijo
en prevenir su gusto, su deseo;
la preparo aun á costa de mi afrenta,
y ella me contraría y me atormenta!
¡Oh, y ese afán en pro de la morisma,
ese favor con que al judío acorre,
en una sima de pesar me abisma!
Sangre extranjera por sus venas corre....

¡Esta idea fatal.... siempre la misma!
¡De la mente no sé cómo la borre;
y aunque el nombre de madre me la es-
[panta,

siempre tras de mi madre se levanta!
¡Oh, triste vida; miserable vida
la vida en los palacios condenada
á pasar en recelos consumida
y por ruines sospechas desgarrada!
Ruin destino á los príncipes acuida;
polvo es su orgullo, su grandeza nada;
colgado del dosel de su grandeza
hay un puñal que amaga su cabeza!

En fin, alerta vivamos

los que á gobernar nacimos;
los que á ser señores y amos
de otros condenados fuimos,
velemos, no los perdamos.
Montero.....

ESCENA VI

EL CONDE y SANCHO MONTERO

SANCHO

Señor....

EL CONDE

Ya es tarde,
vámonos á recoger,
y mañana muy temprano,
Sancho, á despertarme ven.

SANCHO

¿A qué hora?

EL CONDE

Al rayar el alba:
un asunto de interés
quiero encargarte, y es fuerza
que te enteres antes de él.

SANCHO

Señor, nací vuestro súbdito,
de cuanto soy disponed.

EL CONDE

Mañana, Sancho: descansa
de aquí hasta el amanecer.

SANCHO

Descuidad; rayando el alba,
á vuestra puerta estaré.

EL CONDE

Y no ha de pesarte de ello
si me sirves franco y fiel.

SANCHO

Los del Valle de Espinosa
jamás rompieron su fe.

EL CONDE

Por tu lealtad, Montero,
te escogí yo: vamos, pues.

(Entran.)

ESCENA VII

ESTRELLA, por la puerta del fondo.

¡Gracias á Dios que se fueron!
Temiendo estaba ¡pardiez!
que el otro viniera, y ellos
la seña oyeran también:
y entonces, ¡Dios nos ampare!
¿Qué iba de todos á ser?
¿Cómo tolerara el caso
de don Sancho la altivez?
Tiemblo con sólo pararme
en pensamiento tan cruel.
¡Y yo, necia, que creía
con tan sandia candidez
que ese moro era un galán!
¿Quién tal pudiera creer?
¿La Condesa de Castilla,
matrona de tanta prez,
en una afición tan ruin
desatentada caer?
¡Pobre de mí, que en el Valle
de Espinosa, mi niñez
pasé en sencillez inculta!
¿Qué de los palacios sé?
¡Oh, perdónenme los cielos
tan injurioso creer!
Perdóneme mi señora,
pues de sencilla pequé.
¡Ea! El desliz enmendemos